

¿HAY OTRA AGENDA ISLÁMICA DETRÁS DEL MONUMENTO NACIONAL MUSULMÁN DE GUERRA A LOS VALIENTES SOLDADOS QUE MURIERON POR NOSOTROS DURANTE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES?

Gavin Ashenden

15 de marzo de 2024 a las 16:00 horas

Tiempo lo es todo.

El Ministro de Hacienda ha anunciado que el gobierno financiará un monumento nacional de guerra a aquellos soldados musulmanes que lucharon a nuestro lado durante las dos guerras mundiales y en los conflictos posteriores. nosotros también hemos estado recordado que otras religiones tienen monumentos conmemorativos similares.



Y eso es cierto. Pero, ¿hay algo más que pueda representar esta conmemoración en particular? Para intentar analizar eso, vale la pena considerar primero los otros monumentos conmemorativos que efectivamente existen.

Recuerdo mi sorpresa cuando estaba en Brighton, después de haber sido invitado a un servicio conmemorativo de la Primera Guerra Mundial, al descubrir un monumento a los soldados sikh que, como parte del Imperio Británico, lucharon en esa guerra y murieron. El monumento está situado a unas pocas millas al norte de Patcham en South Downs.

Me preguntaba ¿cómo llegó allí? La respuesta resultó ser bastante simple y pragmática. Los soldados heridos fueron subidos al tren y traídos de regreso para ser atendidos en Inglaterra, y varios soldados indios sij se encontraban entre los llevados al hospital de Brighton. Algunos se recuperaron y otros murieron.

Inmediatamente después de que terminó la guerra, se decidió, como muestra de respeto, construir un monumento a los soldados sij que murieron a causa de sus heridas. Es cierto que el monumento ayuda a mitigar el hecho de que muy pocas personas conocen a estos soldados que fueron traídos desde una parte lejana del Imperio Británico para luchar contra el enemigo del Reino Unido en Europa.

Pero si bien los multiculturalistas sugerirán que la provisión de un monumento musulmán es una expresión similar de la diversidad cultural que existió en las fuerzas armadas durante las dos guerras mundiales y, por lo tanto, es digna del reconocimiento representado por el monumento sij, la verdad puede ser una un poco más complejo y de múltiples capas.

El Islam no es sólo una religión alternativa al budismo, al hinduismo o al cristianismo. No hay, por ejemplo, preocupaciones por la “budismofobia”, la “hinduofobia” o incluso la “cristianofobia”, y si las hubiera, podrían atemperar el debate entre personas que no son seguidores de ninguna de estas religiones.

Y, sin embargo, el creciente movimiento para ampliar la definición de islamofobia e imponer en códigos de práctica, o incluso en el derecho civil, prohibiciones de criticar al Islam ha comenzado a convertirse en una realidad presente en el Reino Unido.

Entonces, en ese contexto, ¿cómo podríamos entender esta nueva preocupación del establishment por incorporar en nuestra historia cívica la presencia del Islam como un elemento en nuestra comprensión de las dos guerras mundiales?

Quizás lo primero que debemos hacer es explorar el impacto de esa primera catástrofe y gran desgarró en la historia moderna, la Primera Guerra Mundial, en los acontecimientos posteriores durante el siglo siguiente en Europa.

Me educaron para comprender que los orígenes de la Primera Guerra Mundial fueron profundamente complejos. De hecho ellos son.

En total, la guerra involucró a setenta países y produjo un saldo de 17 millones de muertos. Provocó el colapso de cuatro imperios (alemán, austrohúngaro, otomano y ruso).

Dependiendo de qué escuela o moda de la historia sigas, hay una variedad de formas de interpretar la gran narrativa de lo que representó.

Puede verse como el punto de ebullición de las ambiciones nacionalistas coloniales expansivas. Una de las burlas populistas del cristianismo (y que no está del todo injustificada) es la forma en que el clero cristiano tanto del lado alemán como del británico bendijo las armas de la matanza cristiana mutua.

Quizás igualmente malo fue el intento de justificar teológicamente la agresión. Al comienzo de la guerra, un grupo de teólogos e intelectuales de Alemania publicaron “El Manifiesto de los Noventa y Tres”, que buscaba justificar las acciones del gobierno alemán. A petición del gobierno británico, Randall Davidson, arzobispo de Canterbury, tomó la iniciativa de colaborar con un gran número de líderes religiosos para escribir una refutación de las afirmaciones de los alemanes.

Tanto los teólogos alemanes como los británicos afirmaron que la teoría de la guerra justa estaba de su lado. Inevitablemente, esto siempre ha planteado la cuestión de la tragedia del interés nacionalista que domina la visión moral cristiana. Los primos británicos y alemanes de Europa podrían contemplar la posibilidad de masacrarse unos a otros, pero ¿deberían haber podido hacerlo los cristianos europeos?

Y eso, a su vez, plantea la tragedia de la Reforma, después de la cual no hubo una identidad colectiva entre los protestantes como la que habría habido entre los católicos.

Por supuesto, hubo guerras nacionales entre naciones católicas en Europa antes de la Reforma. Todos ellos representaron un fracaso de la imaginación católica. Sin embargo, el concepto mismo de la teoría de la guerra justa implicaba cierto grado de responsabilidad moral y religiosa entre los católicos. No era inusual pedir moderación o validación por parte del papado.

Lo que hizo que la Primera Guerra Mundial fuera tan diferente fue que, antes de alcanzar una escala inimaginable de matanzas, y en parte debido al electorado protestante, no había ningún árbitro moral reconocido en Europa.

Pero, ¿tiene el fracaso de los cristianos a la hora de resistirse a su matanza mutua alguna implicación para la lucha a largo plazo entre las ambiciones islámicas expansivas y la autocomprensión cristiana que se ha resistido a ella?

Una visión general de los fracasos de la cristiandad sugiere que en momentos de su catastrófico fracaso, una de las consecuencias ha sido crear un vacío que el Islam, siempre presionando con sus ambiciones expansionistas, llenó.

Uno de los ejemplos más sorprendentes y angustiosos de esto fue la Cuarta Cruzada (1202-1204), durante la cual los cruzados occidentales saquearon Constantinopla. La fisura que esto creó en la cristiandad casi llevó a la derrota de la cristiandad por parte del Islam tanto a las puertas de Viena como en la batalla de Lepanto.

Cuando la cristiandad se vuelve contra sí misma, el Islam empuja las debilitadas puertas de la sociedad cristiana.

La Primera Guerra Mundial representa una repetición del colapso catastrófico de la visión y la mutualidad cristianas: una neo-Cuarta Cruzada. Además de eso, entre los historiadores se ha vuelto cada vez más convincente ver la Segunda Guerra Mundial como la culminación de la primera; como si los veintidós años que los separaban fueran una pausa antes de la reanudación del conflicto.

Los historiadores también notarán que cualesquiera que sean las complejidades que condujeron a la migración masiva –compuesta principalmente por musulmanes que se trasladaron a Europa en la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI– siguió al colapso de la autocomprensión y la mutualidad cristianas en Europa. Ya sea que se fomentó la inmigración masiva porque se consideraba una solución a la caída de las tasas de natalidad, una crisis de pensiones o un deseo de muerte más oscuro para la cultura cristiana, se basó en una profunda ignorancia de lo que creía el Islam y cómo actuaba.

Al mismo tiempo, se hizo una distinción completamente falsa entre Islam e islamismo, como si el islamismo describiera una variante política extremista completamente separada y desconectada entre los musulmanes. Mientras que, de hecho, el Islam es un híbrido bien equilibrado de religión y política, que aspira a crear una sociedad islámica perfectamente fiel tanto en términos de espiritualidad como de expresión política y ética.

Podríamos explorar la aceleración demográfica de la presencia islámica en nuestro país, pero terminaríamos discutiendo sobre variables. La llamada de atención más útil para muchos la proporcionó el novelista francés Michel Houellebecq en su novela *Sumisión*, en la que exploraba tanto el deseo del Islam de cambiar el rostro de la sociedad francesa como sus medios para hacerlo.

¿Existe un deseo inherente de islamizar una sociedad en la que crece el número de musulmanes y su influencia política y cultural? Hay voces musulmanas que hablan de esto, pero a eso se podría contrarrestar el argumento de que no son suficientemente representativas.

De cualquier manera, las tensiones actuales en nuestra democracia parecen reflejar la creciente influencia de las preferencias islámicas.

En 2018, el Grupo Parlamentario de Todos los Partidos (APPG) sobre los musulmanes británicos definió la islamofobia como “arraigada en el racismo” y como “un tipo de racismo que apunta a las expresiones de musulmanidad o de lo percibido como musulmán”. Sin embargo, el gobierno lo rechazó por considerarlo demasiado amenazante para la libertad de expresión.

Pero ha sido adoptado por uno de cada siete ayuntamientos y por la mayoría de los partidos políticos de este país. Tiene todas las posibilidades de que el próximo gobierno le otorgue poderes jurídicamente vinculantes.

Mientras tanto, los parlamentarios están dimitiendo debido a las amenazas formuladas contra ellos por activistas musulmanes, y los procedimientos de la Cámara de los Comunes han sido frustrados y sabotados de manera similar. Los críticos también han identificado esta nueva definición de islamofobia como la creación de una ley de facto sobre la blasfemia, que protege únicamente al Islam.

Al mismo tiempo, los patrones de actuación policial en las calles han sido moldeados por una aparente desconfianza hacia los activistas musulmanes, mientras que otros manifestantes –especialmente cuando cristiano– han sido tratados de maneras totalmente diferentes (y menos comprensivas).

En el contexto de esta creciente influencia de la comunidad islámica en los asuntos civiles, ¿qué podría representar la financiación de un monumento musulmán por parte del gobierno? ¿Es simplemente un intento de lograr la paridad cultural?

Volvamos a cómo el tiempo lo es todo.

Bien podría haber habido motivos para erigir un monumento a los musulmanes de los diferentes países que prestaron su apoyo al Imperio Británico allá por 1914 y 1939, pero no lo hubo. ¿Por qué podría considerarse una prioridad ahora?

Existe una creciente sospecha de que no se trata principalmente de honrar la memoria de personas que murieron hace más de cien años, sino más bien de recrear una historia de Inglaterra que dé al Islam una mayor prominencia, mientras que el estímulo para ello es no es tanto una representación precisa de la nostalgia por un Imperio multicultural como la necesidad de islamizar la historia británica.

Esto importa si el Colapso de la fe y el compromiso cristianos en nuestra sociedad crea un vacío que debe ser llenado por diferentes valores. Especialmente si esos valores pudieran incluir el odio a los judíos y fomentar una cultura y una atmósfera en la que la libertad de expresión sea menos bienvenida, en la que nuestros representantes democráticos dimitan porque temen por sus vidas, en la que los derechos de las mujeres sean recientemente impugnados y en la que sólo una religión reciba la protección de nuevas leyes sobre “blasfemia”.

La historia ya no se enseña eficazmente en nuestras escuelas. Las estatuas y monumentos están siendo notoriamente cuestionados y reemplazados por la izquierda. Deberíamos ser escrupulosamente cuidadosos e igualmente alarmarnos cuando los monumentos puedan funcionar para crear una impresión revisionista de la historia mucho después del acontecimiento.

Puede ser que no exista un monumento islámico sin valores, al menos no en la Gran Bretaña contemporánea.

(Foto: captura de pantalla de <https://www.muslimwarmemorial.org>).